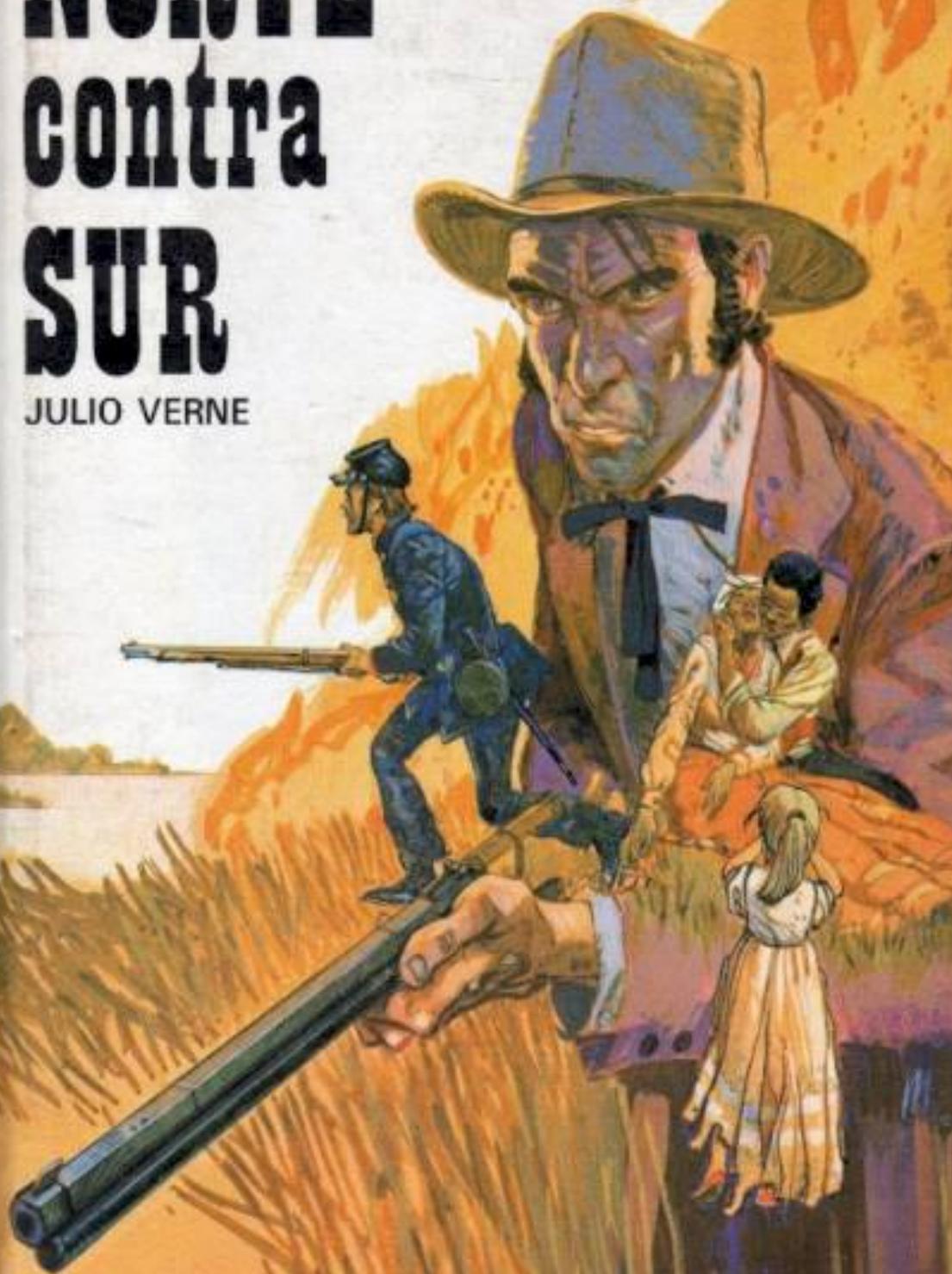


# NORTE contra SUR

JULIO VERNE



En plena guerra de Secesión la granja del campesino abolicionista James Burbank, situada en el sur estadounidense, es saqueada por un grupo de personas lideradas por Texar, un antiguo contrabandista de esclavos, que era conocido por haber escapado impunemente de crímenes anteriores. Burbank debe defender con todas sus fuerzas sus propiedades. ¿Podrá Texar escapar en esta ocasión?

LES VOYAGES EXTRAORDINAIRES

# NORD \* CONTRE SUD

PAR JULES VERNE

85 DESSINS PAR BENETT, CINQ VUES ET UNE CARTE



COLLECTION HETZEL

PARIS, 18, RUE JACOB

Tous droits de traduction et de reproduction réservés.



## I

---

---

## A BORDO DEL «STEAMER» SHANNON

---

---

**F**lorida, que había sido anexionada a la gran Federación americana en 1819, fue erigida en Estado algunos años más tarde.

Por esta anexión, el territorio de la república tuvo un aumento de 67 000 millas cuadradas; pero el astro floridiano no brilla sino con resplandor secundario en este firmamento de las treinta y siete estrellas que forman el pabellón de los Estados Unidos de América.

En efecto, la Florida sólo forma una estrecha y baja lengua de tierra.

Su poca anchura no permite a los ríos que la riegan, exceptuando el San Juan, adquirir gran importancia por su caudal de agua, con un relieve tan poco señalado, las corrientes no encuentran el declive necesario para llegar a ser rápidas. Nada de montañas en su superficie. Apenas algunas líneas de estas *bluffs* o colinas pequeñas, tan numerosas en la región central y septentrional de la Unión. En cuanto a su forma, se la puede comparar con una cola de castor que se sumerge en el Océano, entre el Atlántico, al Este, y el Golfo de México, al Oeste.

Florida no tiene, pues, ningún vecino, a no ser la Georgia, cuya frontera, hacia el Norte, confina con la suya. Esta frontera forma el istmo que une la península al continente.

En suma, la Florida se presenta como un país aparte, sumamente extraño, con sus habitantes, mitad españoles, mitad americanos, y sus indios, seminolas, bien diferentes de sus congéneres los del cabo Far West.

Si es árida, arenosa, casi toda bordada de esas dunas formadas por los amontonamientos sucesivos de arena que el Atlántico forma en el litoral del Sur, en cambio, su fertilidad es maravillosa en la superficie de las llanuras septentrionales. El nombre que lleva está perfectamente justificado. La flora es allí soberbia, poderosa, de una exuberante variedad y riqueza. Esto se debe, sin duda, a que esta porción de territorio está regada por el San Juan. Este río se desenvuelve a sus anchas de Sur a Norte, recorriendo unas 250 millas, de las cuales 107 son navegables, hasta el lago del mismo nombre. La longitud que falta a los ríos transversales, no escasea en este, gracias a su orientación. Numerosos ríos la enriquecen, mezclándose en el fondo de las múltiples ensenadas que forman sus dos riberas.

El San Juan es, por consiguiente, la gran arteria del país. Este río le vivifica con sus aguas; es la sangre que corre en las venas terrestres.

El día 7 de febrero de 1862, el steamer *Shannon* bajaba por el río San Juan. A las cuatro de la tarde debía hacer escala en la pequeña aldea de Picolata, después de haber tocado en las estaciones superiores del río y los diversos fuertes de los condados de San Juan y de Putnam. Algunas millas más allá iba a entrar en el condado de Duval, que se desenvuelve hasta el condado de Nassau, limitado por el río, del cual ha tomado su nombre.

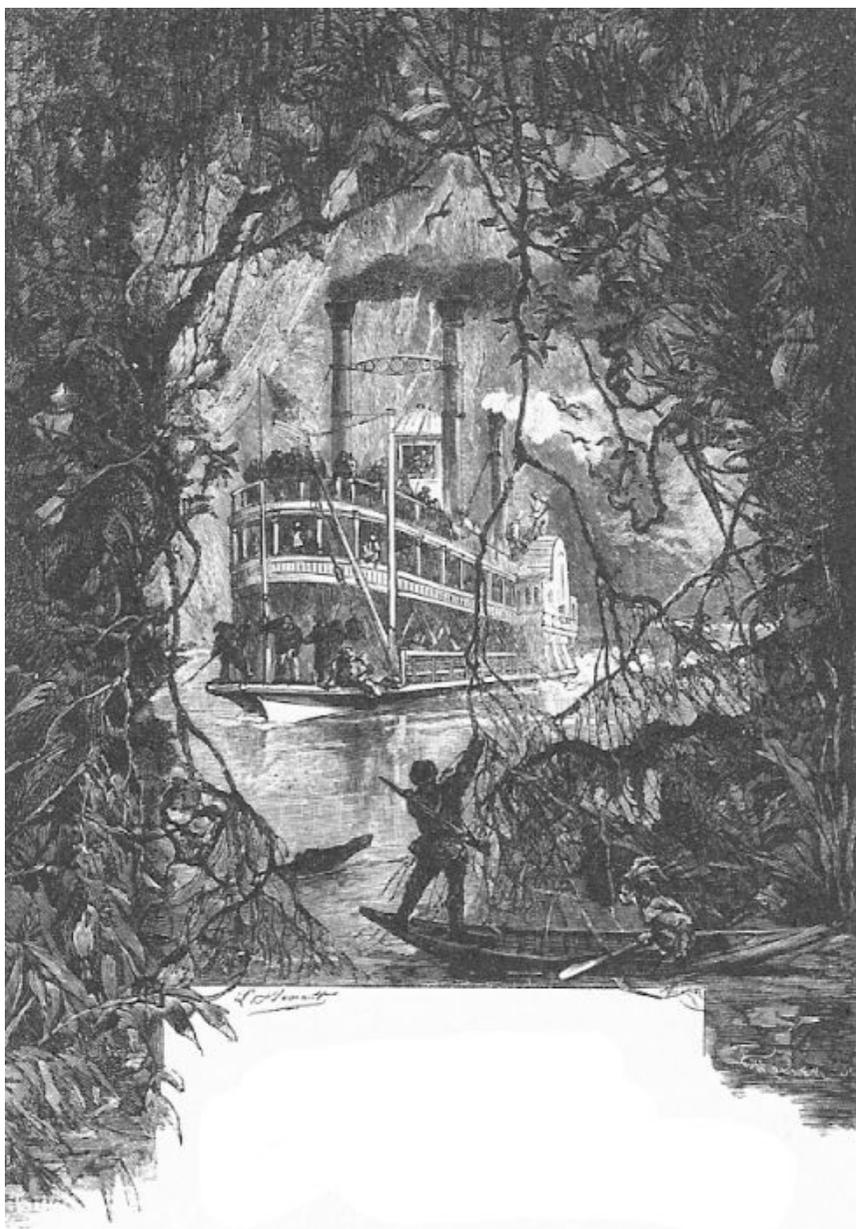
Picolata, por sí mismo, no tiene una gran importancia; pero sus alrededores son ricos en plantaciones de índigo, de arroz, en campos de algodón y caña de azúcar, y en explotación de madera de ciprés. Con estas condiciones, se

comprende que los habitantes sean numerosos en un radio bastante extenso. Por otra parte, su situación supone gran movimiento de mercancías y viajeros. Es el punto de embarque de San Agustín, una de las principales ciudades de Florida Oriental, situada, poco más o menos, a unas doce millas sobre esta parte del litoral oceánico que defiende la larga isla de Anastasia. Un camino casi recto pone en comunicación el caserío y la ciudad.

Aquel día, por los alrededores de la escala de Picolata se hubiera podido contar un número mucho mayor de viajeros que de ordinario. Algunos rápidos carruajes, *stages*, especie de vehículos de ocho asientos tirados por cuatro o seis mulas que galopaban como endemoniadas por este camino nivelado, a través del terreno pantanoso, habían traído a dichos viajeros desde San Agustín. Se trataba de no perder el pasaje en el *steamer*, si no querían sufrir un retraso lo menos de cuarenta y ocho horas antes de haber podido llegar a sus ciudades, caseríos, fuertes o aldeas construidas a lo largo del río. En efecto, el *Shannon* no sirve cotidianamente las dos riberas del San Juan, y en aquella época no había otro que hiciera el servicio de transporte. Importaba, pues, estar en Picolata en el momento que el barco hacía escala; así es que los carruajes habían desembarcado una hora antes su contingente de pasajeros. En este momento se encontraban unos cincuenta sobre el pontón de Picolata, y esperaban, charlando con cierta animación. Se hubiera podido notar que se dividían en dos grupos, poco dispuestos a aproximarse el uno al otro. ¿Era acaso algún grave asunto de interés o alguna competencia política lo que les había llevado a San Agustín? En todo caso, se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que la avenencia no había tenido lugar entre ellos. Como enemigos habían venido, y como enemigos volvían a marcharse. Esto se veía de una manera clarísima en las miradas llenas de rencor que cambiaban los unos con los otros; en la separación establecida entre los dos grupos, y en algunas pala-

bras malsonantes, cuyo sentido provocador no podía escapar a nadie.

Entretanto, largos y penetrantes silbidos atravesaron el espacio, por la parte superior del río. Bien pronto el *Shannon* apareció a la vuelta de un recodo, en la ribera derecha, a una media milla por encima de Picolata. Espesas columnas de humo, escapándose de sus dos chimeneas, coronaban los grandes árboles que el viento del mar agitaba sobre la ribera opuesta. Su masa movable aumentaba a la vista rápidamente. La marea empezaba a retirarse y la corriente de la ola, que había retardado tres o cuatro horas su marcha, le favorecía ahora, arrastrando las aguas del San Juan hacia su embocadura. La campana del *steamer* sonó. Las ruedas, contrabatiendo la superficie líquida, detuvieron el *Shannon*, que fue a ponerse frente al pontón, dócil al llamamiento de sus amarras.



El embarque se hizo en seguida, con bastante apresuramiento. Uno de los grupos pasó el primero a bordo, sin que el otro tratara de adelantarlo. Esto obedecía sin duda a que este esperaba uno o varios pasajeros que se habían re-

trasado, y que corrían peligro de perder el vapor. Así es que dos o tres hombres se destacaron del grupo para ir hasta el muelle de Picolata. En el punto en que desemboca el camino de San Agustín. Desde allí miraban en dirección al Este, como dominados por una visible impaciencia.

Y no era sin razón, pues el capitán del *Shannon*, situado sobre el puentecillo, gritaba:

—¡Al barco, al barco!

—Esperad unos minutos siquiera —respondió uno de los individuos que estaban sobre el pontón.

—No puedo esperar, señores.

—Algunos minutos.

—Ni uno solo.

—Nada más que un instante.

—¡Imposible! La marea baja y correría riesgo de no hallar bastante agua en la barra de Jacksonville.

—Por otra parte —dijo uno de los viajeros—, no hay razón ninguna para que nos sometamos al capricho de los retrasados.

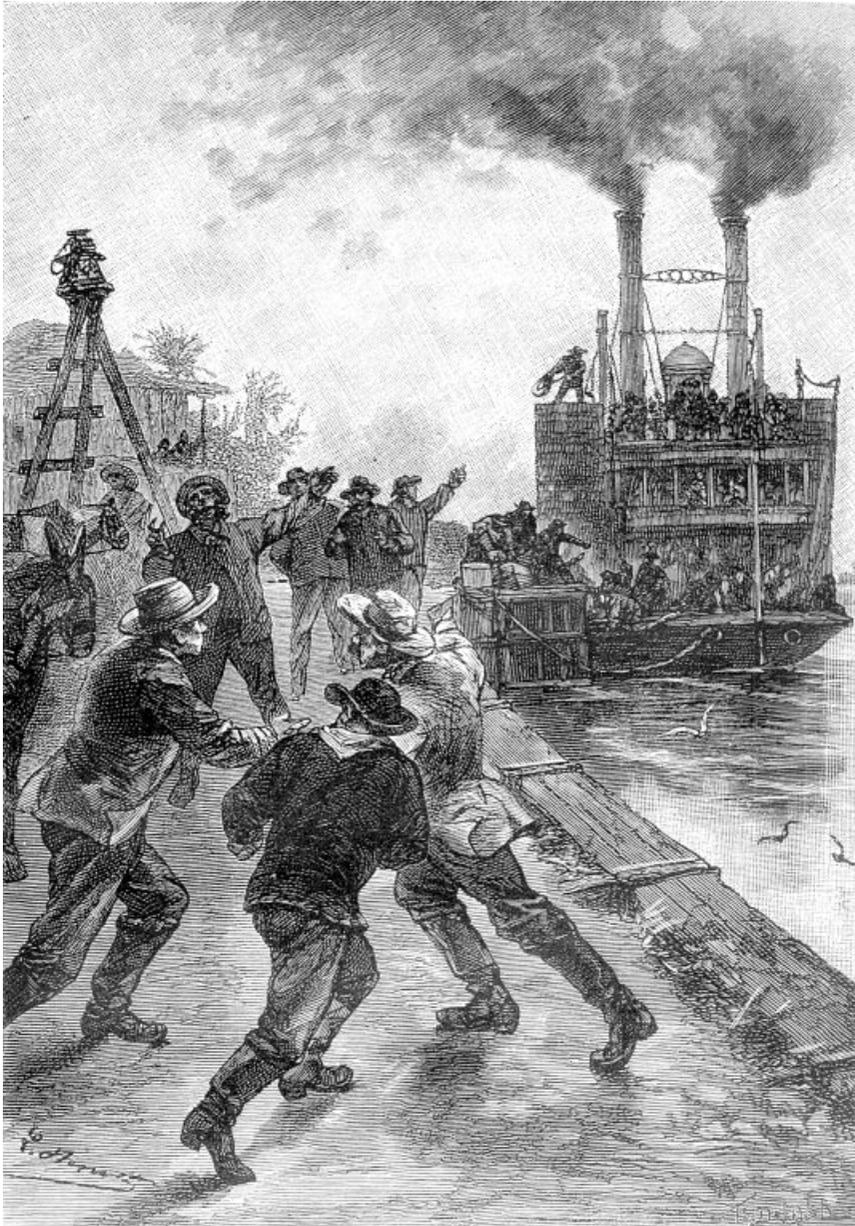
El que había hecho esta observación era del número de las personas del primer grupo, instalado ya sobre cubierta en la popa del *Shannon*.

—Esta es mi opinión, Mr. Burbank —respondió el capitán—. El servicio ante todo. Vamos, señores, embarcad, o doy orden de soltar las amarras.

Ya los marineros se preparaban a empujar el *steamer* a lo largo del pontón, mientras que los sonoros silbidos del vapor de la máquina se apagaban.

Un grito detuvo la maniobra.

—¡Ya está aquí Texar, ya está aquí Texar!



En efecto, un carruaje que venía a todo galope apareció, dando vuelta por el muelle de Picolata.

Las cuatro mulas que componían el tiro vinieron a pararse precisamente al lado del pontón. Un hombre descendió

del carruaje. Aquellos de sus compañeros que habían salido hasta el camino, se reunieron con él corriendo, y todos embarcaron.

—Un instante más, Texar, y no puedes venir con nosotros, lo cual nos hubiera contrariado mucho —dijo uno de ellos.

—Sí; no hubieras podido antes de dos días estar de vuelta... ¿En dónde? Ya lo sabremos cuando quieras decírselo a tus buenos amigos —añadió otro.

—Y si el capitán hubiese escuchado a este imprudente James Burbank —añadió un tercero—, el Shannon estaría ya bastante lejos de Picolata.

Texar acababa de entrar en el barco, colocándose hacia proa, acompañado de sus amigos. Se contentó con mirar a James Burbank, del cual se hallaba separado por una breve distancia. No pronunció una palabra, pero la mirada que le lanzó hubiera bastado para comprender que entre aquellos dos hombres existía un odio implacable.

En cuanto a James Burbank, mirando también a Texar frente a frente, le volvió la espalda y fue a sentarse a mayor distancia, donde sus amigos habían tomado sitio.

—No está muy contento Burbank —dijo uno de los compañeros de Texar—. Y se comprende bien; sus mentiras no le han valido nada, y un buen recordatorio ha dado pronto buena cuenta de sus falsos testimonios.

—Pero no de su persona —respondió Texar—; y esta justicia yo me encargo de hacerla.

Entretanto, el *Shannon* había largado sus amarras. La proa, empujada por largos garfios, tomó entonces el curso de la corriente. Después, impelido el buque por sus poderosas ruedas, a las cuales la marea descendente prestaba no escasa ayuda, se deslizó con rapidez entre las dos riberas del San Juan.

Ya se sabe lo que son estos barcos de vapor destinados a hacer servicio en todos los ríos americanos. Verdaderas casas flotantes de varios pisos. Coronados de anchas terra-

zas, están dominados por las dos chimeneas de las máquinas; y los mástiles del pabellón, que soportan el peso de anchas lonas, sirven de tiendas. Sobre el río Hudson, como sobre el Mississippi, estos buques (*steam-boats*), verdaderos palacios marítimos, podrían contener la población de todo un caserío. Pero no es necesario tanto para atender a las necesidades principales del San Juan y de las ciudades floridianas.

El *Shannon* no era otra cosa que un hotel flotante, bien que en su disposición interior y exterior fuese, en una escala reducida, semejante a los *Kentucky* y a los *Dean Richmond*.

El tiempo era magnífico. El cielo, muy azul, sólo estaba manchado por ligeras nubes de vapor, blancas nubecillas desparramadas por el horizonte. Bajo esta latitud del 30.º paralelo, el mes de febrero es casi tan caluroso en el Nuevo Mundo, como es en el Antiguo en los límites del Sahara. Pero una ligera y agradable brisa de mar suavizaba lo que este clima hubiera podido tener de excesivo. Así es que la mayor parte de los pasajeros del *Shannon* habían permanecido sobre cubierta, a fin de respirar los gratos perfumes que el viento traía de los inmediatos bosques ribereños. Los oblicuos rayos del sol no podían molestarles detrás de los baldaquinos de las tiendas, agitados graciosamente por la rapidez de la marcha del vapor.

Texar y los cinco o seis compañeros que se habían embarcado con él, habían encontrado oportuno bajarse a uno de los departamentos del comedor. Allí, todos ellos, bebedores acreditados, acostumbrados a los fuertes licores de los *bars* americanos, vaciaban vasos enteros de gin, de *bitter* y de *Bourbon whisky*. Era, en resumen, gente bastante grosera, de maneras poco distinguidas, de palabras duras, más vestidos de cuero que de paño, habituados a vivir mejor en los bosques que en las ciudades floridianas. Texar parecía tener sobre ellos un derecho de superioridad, debido sin duda a la energía de su carácter, no menos que a la

importancia de su situación o de su fortuna. Así, puesto que Texar no hablaba, sus seides permanecían silenciosos, y el tiempo que no empleaban en hablar lo empleaban en beber.

Entretanto, Texar, después de haber recorrido con la vista uno de los numerosos periódicos que yacían amontonados sobre las mesas del comedor, acababa de tirarlo diciendo:

—Ya es viejo esto que traen los periódicos.

—¡Ya lo creo! —respondió uno de sus compañeros—. ¡Un número que tiene tres días de fecha!

—¡Y en tres días pueden pasar tantas cosas!

—Sobre todo, desde que las gentes se baten a nuestras puertas —añadió otro.

—¿En qué estado se halla la guerra? —preguntó Texar.

—En el que nos conviene más particularmente, Texar, en este estado se halla. El Gobierno federal podría, acaso, pensar en preparar una expedición contra Florida; y por consecuencia, es preciso estar prevenidos y esperar quizá para dentro de poco una invasión de nordistas.

—¿Es cierto eso?

—Yo no sé, pero este rumor ha corrido en Savannah, y se me ha confirmado en San Agustín.

—Bien; que vengan cuando quieran esos federales que tienen la pretensión de someternos —exclamó Texar, acentuando su amenaza con un fuerte puñetazo, cuya violencia hizo saltar los vasos y las botellas sobre la mesa—. ¡Sí, sí, que vengan! Ya verán si los propietarios de esclavos se dejan despojar por esos ruines ladrones abolicionistas.

Esta respuesta de Texar hubiera hecho saber dos cosas a cualquiera que no hubiese estado al corriente de los sucesos de que América era teatro por aquella época. Primero, que la guerra de Secesión, declarada de hecho por el cañonazo disparado desde el fuerte de Sumter el día 11 de abril de 1861, estaba entonces en su período más álgido, puesto que se extendía hasta los últimos límites de los Es-

tados del Sur; segundo, que Texar, partidario de la esclavitud, hacía causa común con la inmensa mayoría de la población de los territorios en que había esclavos.

Precisamente a bordo del *Shannon* se encontraban, enfrente unos de otros, varios representantes de los dos partidos. De una parte, siguiendo los diferentes nombres que les fueron dando durante esta larga lucha, los nordistas, antiesclavistas, abolicionistas o federales; de otra, los sudistas, esclavistas, secesionistas o confederados.

Una hora después Texar y los suyos, más que suficientemente bebidos, se levantaron para subir sobre el puente superior del *Shannon*. Habían ya pasado, por la ribera derecha del río, la ensenada Trent y la ensenada de las Seis Millas, que conducen las aguas del San Juan, la una hasta los límites de un gran vivero de cipreses, y la otra hasta los vastos pantanos de las Doce Millas, cuyo nombre indica su extensión.

El *steamer* navegaba entonces por entre dos orillas bordeadas de árboles magníficos, de tulipanes, magnolias, pinos, cipreses, encinas verdes, yucas y de otro gran número de ellos, de rica vegetación, y cuyos enormes troncos desaparecían bajo el inextricable follaje de las azaleas y serpentáceas. Algunas veces, por las aberturas de las ensenadas por las cuales se alimentan las llanuras pantanosas de los condados de San Juan y de Duval, un fuerte olor de almizcle impregnaba la atmósfera. Este olor no procedía de esos arbustos, cuyas emanaciones son tan penetrantes bajo este clima, sino de los terribles cocodrilos ocultos entre las altas hierbas, asustados por la ruidosa marcha del *Shannon*. Otras veces eran pájaros de todas especies; picos, garzas reales, buitres, jacamares, pichones de cabeza blanca, orfeos, burlones, y cien otros, variados de formas y de plumaje, en tanto que el pájaro-gato reproducía todos los ruidos del exterior con su voz de ventrílocuo, hasta el grito del gallo, sonoro como la nota de una trompeta, cuyo canto se hacía oír hasta una distancia de treinta y cinco millas.

En el momento en que Texar franqueaba el último escalón de la escotilla para tomar asiento sobre cubierta, una mujer se preparaba a descender al interior del salón. Al verse frente a frente con este hombre, retrocedió. Era una mestiza al servicio de la familia Burbank. Su primer movimiento había sido el de una invencible repulsión al encontrarse de improviso ante aquel enemigo declarado de su señor. Después, sin pararse ante la mirada terrible que le lanzó Texar, se retiró a un lado. Él, alzando los hombros, se volvió hacia sus compañeros.

—Sí, es Zermah —dijo—; es una de las esclavas de este James Burbank, que pretende no ser partidario de la esclavitud.